

me invadió todo: y por primera vez, desgarró el velo de ilusiones de mi juventud la idea de que mi vida no tenía aún nombre y estaba llena de fantasmas.

1891.

---

---

## SEÑAL DE LOS TIEMPOS

---

*Al señor D. Leopoldo Alas.*

Los periódicos de París rebosan de elogios dirigidos á una novela de Dubut de Laforest, publicada en estos últimos días. Algunos repiten acerca de ella la frase de Pailleron: "C'est un livre plein de puissance et de vie." ¡De energía y de vida! ¿De vida? Tal vez. ¿Y por qué? ¿Por qué se dice eso de *Mademoiselle de Marbeuf*, como se ha dicho de *Mensonges*, de *La Première maitresse* de Catulo Mendes, y de tantas otras novelas análogas? ..

El aspecto general de la literatura contemporánea, el más visible y llamativo, produce una impresión de tristeza, tanto mayor cuanto más franca, más entusiasta es la comunión del crítico con el espíritu moderno; cuanto más se ha

penetrado del interno y oculto vigor de nuestra sociedad, de la savia de nuestros ideales, del poder de nuestros esfuerzos gigantescos, que corren, callada y oscuramente para los ojos de los fariseos de ahora, por bajo de éste bostezar furioso de nuestras generaciones que parecen afeminadas, que se orientalizan, que se dejan llevar suavemente por el cómodo sendero de un excepticismo que todavía no ha hecho propia reflexión de su alcance.

Como si en esto reflejara la literatura el desasosiego y la crisis porque atraviesa la sociedad europea—de fijo, reflejándola algo más que en los cantos de esos poetas de la *duda eterna*, que salen á diario de cada colegio de jesuitas;—como si expresara el dualismo más cierto y más voceado de todos tiempos, que nos lleva en perenne oscilación desde hace más de un siglo, todo lo que de vigor nuevo y de ideal sano, robusto, lleva en sí, lo tuerce, lo desvía, casi lo anula con esa fiebre insana, con ese sabor enfermizo, calentriente, que parece el sueño de un seminarista cuya imaginación torturan las imágenes más raras del más es-trambótico placer que no puede disfrutar.

Más papistas que el Papa, nuestra novela, nuestra poesía, nuestro mismo teatro, vuelta la faz á la tradición del paganismo, poniendo el vino viejo en odres nuevas, se arrastran en una vulgaridad de vida, en una bajezca de ideales, en que la nota sensualista, brutal, cruda, resal-

ta con la fuerza de color extravagante que la locura de Claudio, el de *La obra*, puso en aquel último cuadro de su vida.

Arastrado en el vertiginoso desbordamiento de los sentidos—que por extraño modo, desde lo inicial de la experiencia sensible, suben á lo más alto de las fantasías delirantes, cuando se ponen al servicio de la furia terrible de los deseos—nuestro tiempo resucita, desentierra, remozca todo lo sensual, todo lo enervante, todo lo grosero de todos los tiempos; y ya lo adorna con las suaves, serenás tintas de Lengo, ya lo embadurna con el color agrio, fuerte, atrevido de Rétif de la Bretonne; y no contento con todo esto, rechazando la literatura secreta y empolvada del siglo XVIII, necesitando el manjar servido en mesa pública, al aire libre, con el excitante del atrevimiento, recarga los tonos, inventa formas, tortura la imaginación, combina al infinito las sensaciones, para caer en una tensión nerviosa indefinible: loco, desesperado, aturdido, rabioso de lo nuevo, en el desvarío de *Las caricias*, de Richepin, en las infamias de *La première maitresse*, de Mendes, en las bajezas de *La Terre*, de Zola.

¿Es que todo eso se vive? No á Dios gracias. Pero se piensa, se desea; se busca, sin fuerza bastante para llegar á ello. Débil aún, y contenida ante el último escalón de lo degradado (que no logra más culto que el que logró

siempre por desdicha), nuestra época lo acaricia en lo hondo de su pensamiento, lo imagina con amor, y plasma sus sueños en esa literatura que parece el último grito y la expresión exacta de una de esas furias sensuales que han azotado á la humanidad en Babilonia, en Alejandría, en Roma, en el Renacimiento...

Yo temo mucho que el día en que los críticos futuros (si por ventura alcanzan otros tiempos mejores), estudien la literatura moderna, crean que así como en ella figura, era, de hecho, nuestra sociedad. Induce á pensarlo el acuerdo, la repetición sostenida de la misma nota en la mayoría de las obras.

Les parecerá á ellos que no vivíamos nosotros más que para la unión sexual; que el comercio entre hombres y mujeres era nuestra única preocupación y nuestro refinamiento más acendrado; que no conocíamos apenas otro amor que ese; que todas nuestras instituciones estaban inficionadas de tal sentido, partiendo el campo entre él y la venalidad mercantilista. Confesemos que la sospecha sería fundada. El aplauso otorgado á *Mademoiselle de Marbeouf*—uno de esos relatos de que hablo—es buena prueba.

Y sin embargo, aún haciendo parte larga al fondo de verdad que en eso hay con relación al modo común de concebir la vida, el matrimonio, el placer, ¿en cuánta mayor parte no es esto sólo de nuestra vida ideal, de lo que pien-

san muchos, pero no todos hacen: de modo que la literatura vive, en este punto, en un mundo de quimeras, de sueños, en una sensualidad de imaginación, en una corrupción de idea, que es como la locura de lo imposible y el fruto del decaimiento, de la flojedad nerviosa que nos devora, de la energía que nos escapa y va al fondo, á tierra, á lo último?

Por caso raro, encuentro que una frase de Cánovas en uno de sus más recientes estudios, viene justa para la expresión de este fenómeno que acuso. Dice Cánovas, hablando del teatro español clásico, que era realista á su modo, porque si resultaba convencional por «pintar una vida menos positivamente *vivida* que pensada, venía en ser realista por representar lo que los españoles de entonces pensaban que debía ser (la sociedad) y quería ser, lo cual podía ser, después de todo indudablemente.» No digo yo lo mismo de nuestra sociedad; pero si creo que la novela moderna, sobre todo—hablo en términos generales—y poco menos la poesía, pintan una vida *más pensada que vivida* en esta manifestación de que me ocupo, no obstante los méritos realistas que, por otra parte, tiene sólidamente ganados la primera.

Y es, que en todo género de cosas, y especialmente en las pasiones, hay dos vidas: la efectiva y la imaginada; y en esta última, precisamente, está más el extravío de ahora, que en la otra.

La razón es clara. De una parte, existe todavía bastante desnivel entre el círculo de gentes que se preocupan de las cuestiones fundamentales de la vida y de la ciencia, y la masa enorme, cuya mayor ociosidad—no obstante cierto movimiento aparente, pero muy exterior—es la ociosidad del pensamiento. Esta masa, se encuentra muy dispuesta á divagar en aquello que más de cerca le impresionó á plegarse á las divagaciones de otros. Por otra parte, en estos mismos cuyos nombres brillan en la literatura, en las artes, en la ciencia (ó en lo que llaman ciencia, tal vez), la cultura intelectual es la única señalada; y por bajo de ella—que declara supremo jefe al talento—el buen gusto, la corrección de vida, la ley de la conducta, el concepto de las relaciones sociales y de la dignidad personal, yacen en un estado rudimentario. Resultado de esto es que si, en su respectivo campo especial, señalan una nota superior al común sentir, en todo lo demás, por flojedad de carácter, siguen la corriente. También éstos son masa abonada á los extravíos de la imaginación; y unos y otros, faltos de regla, atormentados con el exceso de una actividad que no saben cómo emplear, la abandonan á esas creaciones febriles que siguen la dirección de la masa común.

Esta es una de las explicaciones del fenómeno literario que señalé? Empeñados en los problemas de técnica y de procedimiento—no

son otros los que ahora se discuten—nos hemos quedado sin ideal literario. Estudiando el cómo debe escribirse, no nos apercibimos que vamos desorientados en lo que debemos escribir, y que falta savia y sentido propio á nuestra literatura, que rechazó la idea tradicional y aún no ha encontrado la idea nueva.

Por eso se pierde en esas pequeñeces, en esas vulgaridades, en esas groserías extremas de la vida; y por eso, pese al elemento de observación cuyo lugar reivindica y que ha de ser la conquista duradera del realismo, se anega en la realidad subjetiva—que los autores sobreponen á la intención objetiva de sus teorías, á la apreciación franca, amplia y levantada de lo real—con las últimas convulsiones de un romanticismo de cabeza que, si no tiene el *clair de lune*, tiene la coloración roja de las bengalas que sirven para los infiernos en comedia de magia.

Me parece, amigo Alas, que se me ha corrido el peso. Mi afán por dar claridad á la idea, tal vez me ha llevado á consignar *ilustraciones* que requieren desenvolvimiento especial. Pero yo creo que todo eso, y algo más, es preciso para decir lo que hay que decir en este punto. Y tanto me parece que se me escapa del contenido de la idea que he querido expresar, que no me despido de volver á la carga cualquier día.

Otro temor me sobrecoge ahora. Temo que, cogiendo el rábano por las hojas, vayan á crecer muchos que soy enemigo furioso de la literatura moderna y que comulgo en la simpleza de aquel autor que dijo que tanto valía cualquier novela naturalista como *L'Histoire de la Prostitution*, de Pedro Dufour. Usted mejor que nadie sabe cuán lejos estoy de eso, y cómo, por el contrario, he roto lanzas en defensa de las nuevas doctrinas, con sobrada prodigalidad. Sino que en estos buenos tiempos de política que alcanzamos, para que no excomulguen á las gentes, es preciso que tengan todo lo de casa como lo mejor, limpio y puro de defecto. Yo, que soy tan hijo de mi siglo—si me permite Vd. la frase—como Pompeyo Gener, verbi-gracia, no por eso estoy conforme con todo lo de mi padre. Pero deplorando errores y señalando defectos hasta donde se me alcanza, guardo la fe más grande en la oculta fuerza y energía de nuestro tiempo, cuya desorganización desesperante no es la que precede á la muerte, sino la que dispone á nueva vida.

En literatura, inclusive.

1888.

## MUJERES DE LA NOVELA CONTEMPORANEA

MUJERES DE DAUDET

*A Nenita.*

Ruego á mis lectoras que no se asusten. Ya sé yo que Daudet es *realista* ó *naturalista*, que en eso de motes hay varias opiniones; y que de un modo ú otro, suena mal á los cidos femeninos, desde que un académico dijo de la escuela, que era “la mano sucia de la literatura.” Pero los académicos también yerran á lo mejor, y por todo lo alto. Con lo que, habida consideración á la respetabilidad artística del que dijo aquello del realismo, digo yo que se equivoca de todo en todo. Por lo cual, no ya de Daudet, que del mismo Zola me atrevería á escribir, contándoles á mis lectoras todo lo bueno y agradable que hay por aquellas páginas de *Les Rougon-Macquart*, y especialmente lo mu